



A. VARNIER

A. SARGENT, SC.

Vista del puente de Carlos Alberto.

SEGUNDA SERIE.—1860.

AÑO XVIII. 22.

EL PUENTE DE CARLOS ALBERTO.

I.

Hay en Saboya, esa antigua provincia del Piamonte que acaba de pasar al dominio del imperio francés en virtud de las últimas circunstancias no terminadas aun, que han mudado la faz de la Italia, un monumento que escita la atención del viajero, y que es un esfuerzo prodigioso del atrevimiento humano, una obra maestra del arte.

Al ir desde Chamberí á Ginebra, se halla mas allá de las aldeas de Metz, Caval y Alouzcier una inmensa trinchera natural, abierta en plena roca y en cuyo fondo murmura ó ruge, segun las estaciones, un torrente que corre y arrastra sus olas á doscientos metros cerca de profundidad. Es el desfiladero de los Usos, y sobre aquel abismo la moderna industria ha echado un pasadizo de alambre que se llama puente de la Codorniz, ó puente de Cárlos Alberto. Esta atrevida obra fué inaugurada el 10 de junio de 1839.

Tiene ciento noventa y cuatro metros de longitud por seis de ancho. Dos aceras de setenta centímetros cada una, sirven para la fácil circulación de los que van á pie. Casi todos los viajeros se bajan del carruage al llegar á la entrada del puente para hacer experimentos acústicos. Una piedra arrojada perpendicularmente desde el puente al torrente produce un ruido de repercusión parecido á una detonación de artillería ó á un estrepitoso trueno. Por medio de esta sencilla operación tiene el viajero, sin peligro ninguno, el gusto de ver reproducida en su imaginación el recuerdo de los aludes ó avalanchas de los Alpes. Nosotros hemos tenido el placer de hacer esta experiencia arrojando una piedra que pesaría unas dos arrobas, produciendo su caída un ruido tan estrepitoso que parecia que se desplomaban las montañas que sirven de estribo á este puente que apenas puede concebir la imaginación del hombre. Damos la vista de este puente.

II.

Pasamos nosotros este puente dos años despues de haberlo inaugurado el rey que le dió su nombre, Cárlos Alberto, ese rey en cuya mente germinó el primero la idea grande, inmensa, de la unidad italiana, y que mártir de su gigantesco proyecto vió romperse su espada en los campos de Novara, y no queriendo ser rey sino de la Italia toda, abdicó su corona y fué á buscar un sepulcro en las playas de Oporto.

La idea de la unidad italiana, debia realizarla mas feliz su hijo Victor Manuel II. Tal es el privilegio de la verdad y de los principios salvadores de la libertad y de la civilización. Arrójanse al aire las semillas, y el que las sembró no las ve fructificar, el tiempo, que las guarda en su seno, las ofrece trocadas en rica y fecunda mies á sus hijos. Cárlos Alberto proclamó la revolución italiana, la revolución y él

perecieron en 1848. El hijo de Cárlos Alberto, Victor Manuel y la revolucion triunfan en Italia en 1860. El Austria y las soberanías que á su sombra se habian arraigado en Milán, Parma, Módena, Toscana, La Emilia y la Romanía, han desaparecido con el poder austriaco. La idea de la unidad italiana avanza como las olas del Océano, y se traga esas pequeñas nacionalidades para constituir la Italia una, grande, poderosa! Solo Roma va á quedar como una isla en medio de ese mar revolucionario, porque en esa isla está la Silla del que todos los pueblos de la Europa miran como su padre espiritual, como el representante en la tierra de la religion de Jesucristo que civilizó y libertó el mundo.

La revolucion de la Italia que aun continua su movimiento de estension sobre los pueblos de Nápoles y las costas de Sicilia, esa revolucion cuyo término no se prevee, y que absorbe la atención del mundo, comenzó á vista de los mismos ejércitos austriacos en Milán, en donde con afectada insistencia en el gran teatro de la *Scala*, todos los días se victoreaba á Verdi, y servian estos fervientes y entusiastas vivas de expansión al pueblo milanés subyugado por las fuerzas austriacas sin que estas pudiesen oponerse á aquellas manifestaciones al parecer muy sencillas é inocentes, é hijas del entusiasmo que inspiraba á aquellos habitantes el célebre compositor de *I Lombardi*, *Macbeth* y *Luisa Miller*.

El grito de *viva Verdi* era un grito revolucionario, por que el nombre de este célebre compositor contenia las iniciales de las aspiraciones de la Italia. VERDI, descompuesto, presenta en sus iniciales la siguiente divisa: *Victor Emmanuel Rex D e I talie*. En efecto, esta ha sido la aspiración de la península italiana: fijar su nacionalidad bajo el cetro del rey del Piamonte, que por los progresos morales y materiales que ha dado á aquel país, ha proseguido con perseverancia incansable la obra de su padre Cárlos Alberto.

El rey que preside á los destinos del Piamonte ha mostrado tanta sagacidad como elevación de alma: ha tomado asiento en los consejos de la Europa al lado de las mas grandes potencias; y sin embargo, cuando tomó las riendas del gobierno fué despues de una gran derrota, despues de la batalla de Novara. El joven príncipe habia poderosamente contribuido el 30 de mayo de 1848 á la victoria de Goito. Combatió tambien valerosamente, empero en vano, sobre el campo de batalla de Novara. Despues de la abdicación de Cárlos Alberto el 23 de marzo de 1849, Victor Emmanuel II, proclamado rey de Cerdeña, de Chipre y de Jerusalem, se ocupó en restablecer el órden y la prosperidad en su reino, agotado en una lucha desigual. Comenzó á levantar aquel país, quebrantado por la suerte de las armas, cuando su padre Cárlos Alberto habia marchado desde el campo de batalla á morir víctima de sus pesares en Portugal.

En el momento en que la Francia y la Inglaterra tomaron la defensa de la Turquía contra las exigencias de la Rusia, y fueron á medir sus armas con el coloso del Norte en los campos de Crímea y bajo los muros de Sebastopol, Victor Manuel no vaciló en unir sus soldados á los de la Francia y de la Inglaterra.

Nacido en 4 de marzo de 1820, Victor Manuel se halla en la fuerza de su edad. Su físico es afable y marcial

á la vez: la espresion de sus ojos anuncia la firmeza y el valor; su cuerpo es robusto y de agraciadas proporciones. Educado severamente por su padre, endurecido desde niño en toda clase de fatigas, es propio para la vida mas activa.

Victor Manuel II se habia casado con María Adelaida Federica Isabel Reignier Clotilde, archiduquesa de Austria, hija del archiduque Reignier, gobernador que fué de Milan. Tuvo el dolor de perderla el 20 de enero de 1855; pero ha tenido de ella muchos hijos:

Clotilde María Teresa Luisa, nacida en 2 marzo de 1843.

Humberto Reignier Carlos Emmanuel Enrique María Fernando Eugenio, príncipe heredero del Piamonte, nacido en 14 de marzo de 1844.

Amadeo Fernando María, duque de Aosta, nacido en 30 de mayo de 1845.

Odon Eugenio María, duque de Monferrato, nacido en 1.º de junio de 1846.

María Pia, nacida en 16 de octubre de 1849.

Son muchos los rasgos particulares que se cuentan del carácter de Victor Manuel. Solamente referiremos dos. En 1857 una cuadrilla de bandidos, destruida ahora y mandada por un tal Delpero, infestaba las inmediaciones del castillo de Pollenzo, casa de campo favorita de Victor Manuel II. Rehusó constantemente toda especie de escolta para su seguridad personal. Oyendo una noche tiros que provenian de un combate entre aquellos bandidos y los gendarmes que los perseguian, cogió una carabina y echó á correr en auxilio de la tropa, habiendo muerto dos soldados á su lado.

En 1854 el cólera devastaba la ciudad de Génova. Huian despavoridos de ella todos los habitantes, y se contaban hasta quinientos muertos por día. El primero en correr á Génova, en ir á visitar los hospitales y volver á restablecer la moral y el espíritu de la poblacion, fué Victor Manuel. Los turineses, temblando por él, aguardaban su vuelta en la capital con la ansiedad de hijos que ven á su padre en tan inminente peligro. No volvió á su palacio de Turin hasta que reanimó el espíritu público de Génova, y entonces se vió la pasion, el entusiasmo que le profesan todas las clases de sus súbditos.

Adquirió mas importancia este soberano por el enlace que ha celebrado con su hija Clotilde el sobrino del emperador de los franceses Napoleon Bonaparte, el ministro de la Argelia y que conocemos en España por haber estado un poco de tiempo de embajador en Madrid.

En la campaña reciente con el Austria, en que juntos combatieron los ejércitos franceses y del Piamonte contra los antiguos dominadores de la Italia, Victor Manuel, al frente de su ejército, ha sabido adquirirse tanta gloria como Napoleon III, en Magenta, en Solferino y en todos los combates que han ilustrado la última campaña de Italia. Como soldado, Victor Manuel se ha asegurado una página gloriosa en la historia de la Italia, quizá no sea tan feliz á pesar de sus brillantes acciones la política de las anexionnes de los pueblos por el sufragio universal que ha introducido un nuevo derecho público, que puede en su día causar el trastorno del mundo y perpetuar la guerra entre las naciones.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

EL ULTIMO COMUNERO.

(Conclusion.)

V.

VIDA POR VIDA.

De gustos no hay nada escrito, segun el adagio lo propala desde hace tiempo, y segun la experiencia lo patentiza á todas horas: inofensivos y hasta candorosos é inefables son muchos de ellos como los de cultivar flores, criar gallinas y buscar el movimiento continuo: al revés los hay que merecen palos como cortejar á viejas, preferir una ensalada de coles á otra de langosta, y jugar y perder el dinero; y tambien los hay que toman el carácter de vicios, siendo pecados ante Dios y crímenes ante los hombres como saltar á diestro y siniestro, quitar la honra por via de actos de violencia ó de murmuraciones desatentadas, y arrancar la vida á un ser humano. Mas los que se ponen en pugna con las leyes á cara descubierta, y aventuran la existencia á cada paso no son tan delincuentes como los que á mansalva y bajo la capa de virtud y de celo dan vado á sus inclinaciones infievas é instintos feroces; y entre estos degeneradísimos é infames seres figuran el maestro que derrama pernicioso semilla en el tierno corazon del párvulo fiado á su enseñanza: el doméstico infiel que abre y merma las arcas del amo crédulo y encomiador incansable de sus buenas prendas; y el juez de natural sañudo, ni mas ni menos que Ronquillo, para quien fuera contrariedad terrible que los hombres se trasformaran en ángeles de la noche á la mañana, y dejasen ociosas sus iras, arrebatándole el deleite de martirizar por varias maneras crueles á sus semejantes. Quizá ni entre los ballesteros de maza de rey don Pedro de Castilla se contó uno de tan atravesadas entrañas; y tal vez en el itinerario de su vida de alcalde de casa y córte, itinerario mareado con hondos regueros de sangre, no hizo jornadas mas deliciosas para su corazon duro y perverso que las poquísimas empleadas en procesar ejecutivamente al obispo Acuña.

Tan luego como este desdichado le vió entrar en su prision con aire de ufanía y aun de insolencia, se pintaron muy rápidamente en su semblante el asombro, la indignacion y el despecho mas grande y profundo. Este último sentimiento dominó sobre los otros en el ánimo del prelado, segun se colige de las respuestas dadas á las preguntas hechas por el escribano y sugeridas por el alcalde, pues la sustancia de su primera declaracion es la siguiente:— «Hasta ahora no he prestado confesion alguna..... solo expuse mi dicho en virtud del interrogatorio de los alcaldes de la chancillería, con protestacion de no poder jurar como obispo en manos de seglares..... En ninguna hora ni momento maté al alcaide de Simancas..... No llamé á Leonardo, ni el alcaide estaba dentro..... No me acuerdo de haber llamado para que me entrasen una candela, estando allí el alcaide..... Ignoro donde quedaba el alcaide cuando me tomaron en los adarves de la fortaleza..... No me queria escapar de la prision, ni aquel dia vi al alcaide en mi aposento..... Tampoco sé si el alcaide llevaba armas...»

«Alguna vez tuve palabras con Mendo Noguero, pero no de modo que produjeran su muerte, y menos el día que me cogieron en las almenas..... Si las manchas del zamarro son de sangre, ignoro de donde procede, y solo sé que no me lo puse aquel día, ni dos antes..... Para lograr mi libertad ofrecí primero veinte y después sesenta mil ducados por mediación de mi hermano don Diego Osorio..... Tocante á mi composición entendían el condestable, el duque de Nájera y el arzobispo de Toledo en Castilla; y en Portugal un obispo hermano de la mujer de Alvar Perez, y el arzobispo de Lisboa..... De haberme lavado las manos de sangre, cuando me subieron al cubo, no me acuerdo mas que de las nubes de antaño; y si de que me las lavé dan testimonio los alcaldes de la villa, verdad será sin duda, y de un golpe que me di en la puerta de la red pudo proceder la tal sangre..... No sé de que es la sangre que se vió junto á mi cama, ni de quien mató al alcaide, pero sí de muchos que con mas motivo que yo podían hacerlo..... Supongo apelacion á S. M. y al Sumo Pontífice sobre cualquier agravio que yo reciba, y pido justicia á S. M. y al alcaide y copia de lo procesado, y suplico que no se tome declaracion á persona sospechosa.... Sobre lo que se me pregunta del brasero, no sé si lo tenía en el cubo de la fortaleza ó en Sevilla..... No digo, ni escribo cosa de lo dicho de mi voluntad propia, siendo obispo y cosa vedada, sino por obedecer al mandado del señor alcaide...»

Concluido el acto recogió el escribano los papeles, y salió detrás de Ronquillo, quien iba diciendo á media voz por los corredores....—Ya te ajustaré yo las cuentas y no te escaparás ahora como en los tiempos de marras.—Entretanto Acuña se mordía los puños de coraje, y murmuraba por lo bajo:—Si no hubiera sido yo misericordioso, cuando tuve á este leguleyo en mi castillo de Fermoselle, muchos que ahora se pudren en la hoya estarían buenos y sanos, y yo no me viera á merced de sus iras.... Mas dando espacio á reflexiones consoladoras, se manifestó mas sosegado, por no creer posible que bajo un príncipe católico se atropellara su dignidad episcopal hasta el extremo de no oírle en juicio, segun es ley que se practique aun con los mas facinerosos y desalmados.

Unas cuarenta y ocho horas pudo acariciar el obispo en su mente estos pensamientos agradables, lo que tardó Ronquillo en tomar declaracion y poner á tortura al presbítero don Bartolomé Ortega y á la esclava Juana, á la cual hasta metieron astillas de tea por entre las uñas, sin lograr mas noticias que las reveladas ya por el buen Menchaca, á pesar de quedar muy mal parado el sacerdote, y en peligro de muerte la infeliz negra. Seguidamente le tocó el turno al obispo Acuña.

Las ocho de la mañana serian del 22 de marzo cuando le bajaron á la cámara del tormento. Como no hay noticia de que en su tribunal eclesiástico se lo hiciera dar á nadie, y como era hombre de ideas muy adelantadas para su siglo, no habria temeridad en suponer que sobre materia de tal monta profesaba opiniones análogas á las emitidas posteriormente mientras aun existía esa odiosa y absurda costumbre, por un español eminente y tambien de hábito religioso, en cuyo dictámen la tortura es medio sumamente falible para la averiguacion de los delitos; el no confesar en el tormento depende del valor para tolerarlo, y no de

la inocencia ó criminalidad del paciente; mas á menudo flaqueará el inocente, confesando el delito de que falsamente es acusado, que el malhechor insigne, revelando el que verdaderamente ha cometido; y en suma no es de cristianos admitir un medio de prueba, que pone en igual peligro á los inocentes que á los culpados. Me autoriza á creer que el obispo de Zamora pensaba de esta suerte la circunstancia de haber respondido á las amenazas del furibundo alcaide:—*Lo que tengo dicho es la verdad, pero en el tormento diré lo que sepa y lo que no sepa á impulsos del miedo.*—No era hombre Ronquillo á quien hicieran mella otras retóricas que las suyas, y de sospechar es que hubiera sentido que el obispo de Zamora cantara de plano antes de sufrir el cruelísimo tormento que le tenía preparado, y cuya descripción es indispensable, á pesar de que estremece al par que repugna una inhumanidad tan exquisita y oprobiosa. Tras de poner al señor de Acuña una cadena y grillos en los pies se los ataron á una pesa de hierro de mas de dos quintales: á continuacion le sujetaron por detrás las manos con una maroma colgada de una garrucha: una, dos y tres veces tiró el verdugo de la maroma y levantó en alto al obispo de Zamora, á quien significaba entretanto muy tranquilamente el alcaide Ronquillo que, solo á su pertinacia en no decir verdad, echase la culpa, si se le quebraba un miembro ó perdía la vida. A cada tiron del verdugo se le descoyuntaban los huesos, y no pudiendo aguantar los horribilísimos dolores, con angustia prometía decir la verdad sencilla; entonces le bajaban de golpe, y respondía con subterfugios; de nuevo le tornaban á subir pendiente de la maroma, y mas débil de cada vez y mas congojoso, al fin vino á declarar que los cuchillos los tenía para el servicio de la mesa; que se fiaba del capellan del castillo, de Estéban y de la negra Juana; que no fué su pensamiento matar al alcaide, pero que le dijo injurias y se levantó para acometerle, y al cabo le dió palabra de no dañarle por aquel enojo, si bien se desdijo hasta que le tuvo mas sujeto con sus brazos; que estaba á su entender vivo cuando le puso encima el brasero; que no tenía pensado en donde buscaría refugio; que su idea fué asegurarse de Leonardo como de su padre; que ignoraba como se hizo la lesion del dedo, aunque no le parecía que fuese de mordedura. En el curso de la declaracion así aranceada, se le oyeron amarguísimas quejas de que muchos grandes, que le debían favores, le abandonarían en su infortunio. Antes de que le pusieran á cuestion de tormento expuso que por entonces no queria probar que otro hubiese matado al alcaide, aun cuando protestaba de nulidad contra las actuaciones de los alcaldes Menchaca y Castro, y contra las de Ronquillo, pues tenía evidentes noticias de su índole sanguinaria: despues de atormentado tan bárbaramente no osó renovar la protesta, y limitóse á suplicar una vez y otra que, no pudiéndosele probar nada, se abstudiese el juez alcaide de hacerle mas preguntas, y que se le diesen procurador y letrado conforme á derecho.

Quebrantado, y sudoso, y sudoso, le trasladaron al cubo del castillo, y desnudo, y abrigado, y sin hallar postura que le consintiera descanso, se hallaba en fa cama, cuando á las cuatro de la tarde oyó rechinar los cerrojos de su prision estrecha, y vió aparecer al terrible alcaide, que despues de obligarle á que se vistiera de prisa, le tornó á preguntar sobre el concierto que hizo con los que le prestaban

ayuda. Ya á la desesperada y con veheméntísimo arranque de enojo repuso el prelado de Zamora que *si no que el diablo le llevase el alma y el cuerpo, no habían pasado otras cosas, ni otro concierto que lo que tenía dicho*. No persistió mas el alcalde y volvióle á dejar encerrado.

Muy congojosa é intranquila noche pasó el triste Acuña, aun no presagiando ni por asomo que era la última de su vida, hasta que de madrugada le fué á saludar el escribano con la notificación de la sentencia dada por Ronquillo sin mas formalidades de acusación ni de defensa. Considerando que despues de haber hecho el obispo de Zamora muchos escándalos y bullicios en Castilla durante la ausencia del soberano, habia dado muerte, dentro de la prision que sufría en virtud de la mucha parte que tuvo en las alteraciones de las comunidades, á Mendo Noguero, alcaide de Simancas, por maneras nuevas y no pensadas, *por cumplir y ejecutar las órdenes de S. M. acerca de la suerte del obispo, le mandaba dar garrote al pescuezo apretado á una de las almenas por donde quiso evadirse*.

Acto continuo se intimó al prelado que se dispusiera á una buena muerte, porque la iba á padecer aquella mañana. Desde entonces apartó los ojos del mundo, y levantándolos al cielo, se revistió su figura de gravedad imponente y majestuosa, y tornó á cobrar su genial entereza, santificada al presente por el arrepentimiento de sus culpas. A los pies de un sacerdote las dijo con fervor cristiano, y muy devotamente y edificando á los circunstantes recibió el cuerpo de Dios por la vez postrera, despues de declarar su última voluntad bajo su firma, estampada con mano temblorosa, no por resultas de miedo, que no sentía su alma, sino de la tortura horrorosa, que le postraba el cuerpo desde el día antes. Por su testamento dispuso que le enterraran en la iglesia de San Ildefonso de Zamora; que de sus bienes se reparasen los daños hechos por sus tropas en algunos lugares de Tierra de Campos y de Toledo, aunque, lejos de apropiarse nada, siempre hizo cuanto pudo por evitar el robo: que por descargo de su conciencia se pagaran á una muger de Valladolid seiscientas picas, ya que aseguraba que se las habia tomado en la época de las alteraciones, por mas que no recordase tal hecho. Además señaló rentas á algunos dandos y criados y á sus procuradores en el proceso á que se le sujetó dos años atrás por el arzobispo de Granada; y legó mandas considerables á algunas iglesias de Zamora, á la parroquia de Simancas y á la colegial de Toro, con la obligacion comun á las mas de decir todos los viérnes una misa rezada por el alma de Mendo Noguero, por la suya y la de sus bienhechores. Pero hallándose bajo la administracion del obispo de Oviedo las propiedades de su mitra y confiscadas las patrimoniales, no tuvo mas arbitrio que el de suplicar al emperador que mandase cumplir su última voluntad por via de limosna.

Entre los documentos de la causa aparece uno forjado segun todas las apariencias con autorizacion real por el alcalde Ronquillo, y es la renuncia del obispado de Zamora y de todos sus beneficios, préstamos y haberes, porque deseaba ser puesto en algun lugar estrecho y de clausura, desnudo y despojado de todo lo espiritual y temporal que correspondia á su persona, con el fin de hacer perpétua y rígida penitencia por sus culpas y pecados. Tres razones capitales dan visos de apócrifa á la tal renuncia; primera la de estar en contradicción absoluta con el testamento

otorgado el mismo día por el señor don Antonio Acuña: segunda, la de precederla un auto del alcalde Ronquillo, conminando á nombre de S. M. para que la extendiesen jurada y muy en secreto, á los escribanos Juan de Cuellar y Gerónimo de Atienza, sin embargo de vedársele sus títulos expresamente y bajo pena de diez mil maravedises para la cámara y fisco de S. M. á cada uno, y de privacion de oficios y destierro del reino por tres años: tercera, la de no constar la aceptación del Papa, ante quien se supone que la hizo el prelado de Zamora, sin cuyo requisito adoleceria de nula, aun cuando no fuera forjada.

Ocioso es decir ahora, y el Emperador Carlos y el alcalde Ronquillo lo sabian perfectamente, que tan obispo se quedaba el señor Acuña con beneficios y préstamos como sin ellos, mas no se debe callar que al exigir el emperador la renuncia no se propuso mejor fin que el de que los préstamos y beneficios quedaran vacantes para pedir y suplicar á Su Santidad que los proveyese en las personas que le fueran presentadas.

Por último llegó la hora de sacar al obispo al cadalso entre alguaciles, y acompañado por todos los clérigos de la villa: en procesion fúnebre salieron por la ronda de la fortaleza muy despacio, y entonando el *Miserere* con tono ferviente y penetrante el obispo Acuña, con voz lánguida y desfallecida los demás sacerdotes. De la parte de fuera se veía gran muchedumbre, sin que faltara ninguno de los que en el portal del meson bebían cuatro semanas antes, y cantaban muy cautelosamente el romance de los comuneros. Hacínadas estatuas parecían los circunstantes: tan silenciosos estaban que se hubiera sentido volar una mosca: á la sazón el espanto les helaba la sangre.

—Colorín, mira que las lágrimas se te van por los ojos.

—Tío Reniega, son de rabiosa ira.

—Pues llora hácia adentro, no te vean y te cueste la torta un pan.

—Reniega, ese alcalde tiene cara de condenado.

—Simplicio, así se le llevarán los demonios; pero calla por Dios para no caer en sus garras.

Estas pocas palabras se cruzaron muy callandito y sin el menor movimiento de cabeza, y muy imperceptible de labios entre estos conocidos personajes, mientras el ordenado cortejo, presidido por el terrible alcalde llegaba por fuera del muro al lugar del suplicio. Allí fué leída la sentencia de muerte al obispo Acuña, quien exclamó con santo alborozo: *Lætatus sum in his que dicta sunt mihi, in domum Domini ibimus!* Seguidamente se hincó de rodillas para hacer una oracion breve y devota; y ya en pie le subieron á un repostero y le arrimaron á la muralla, de cuyas almenas pendía una soga. Al echársela el verdugo Bartolomé Zaratán, le dijo con serenidad el obispo Acuña:—*Yo te perdono, y empezando tu oficio, procura apretar recio.*— Así lo ejecutó friamente como práctico en dar garrote, y el último comunero pasó de esta vida á la eterna.

Acabada la ejecucion fijáronse los sanguinolentos ojos del alcalde en el numeroso gentío con aire provocador y como de triunfo: todos se alejaron muy pronto de aquel sitio, se metieron silenciosos en sus casas, no hubo quien no cerrara sus puertas, y á mitad del día quedó la poblacion tan muda como á media noche. Afligidos se encaminaron los eclesiásticos de la villa á la parroquia á rezar responsos en sufragio del alma del difunto: y con sus sayones se volvió á

la fortaleza el alcalde Ronquillo. Ni á los sortilegios ni á las adivinanzas hay que recurrir para conocer los sentimientos que entonces dominaban el negro corazón de este alcalde, pues acto continuo cogió la pluma y escribió al comendador Francisco de los Cobos una carta de que voy á transcribir algunos curiosos pasajes.

«Yo he cumplido el mandato de S. M. cuanto á lo del obispo, y él ha pasado desta presente vida, dándole un garrote colgado de una almena; no he podido hacer mas que poner el cuerpo y el alma al tablero por cumplir el mandado y servicio de S. M. Digo el cuerpo, porque este buen hombre tenia hartos deudos, de quienes siempre me tengo que recelar para andar la barba sobre el hombro.... Le apreté con tormento de manera que me dijo lo de la muerte del alcaide, y aun no del todo á la clara.... Y envío á vuestra merced las informaciones que de allá traje con algunos mas testigos y los reconocimientos fechos por el obispo de las cartas que le fueron mostradas, y confesiones del obispo; en especialidad la última que hizo, por que S. M. pueda pedir la absolucion, así de lo que S. M. me mandó hacer en lo del obispo, que es atormentarle y matarle, como del atormentar á este otro Bartolomé Ortega.... Yo no oigo misa, ni aun S. M. la puede oír sin cargo de conciencia... Por otras dos cartas escribí á vuestra merced de lo que era menester para la cobranza de nuestro salario: si vuestra merced no es servido que vamos sin él, mándeme enviar cédula que hable con el factor y arrendadores.»

Lo de menos es que en tal coyuntura preocupara al alcalde Ronquillo la mezquina cuestion de intereses: aqui lo horrorosísimo y execrable consiste en que justificara presurosamente y con todas sus órdenes sagradas á un obispo, de cuyos labios, segun confesion propia, no puede saber el delito del todo á la clara, siendo condicion expresa de la ley que resulte como la luz del medio día; y se erizan los cabellos y se altera la sangre al considerar que el perversísimo alcalde vino con real comision de Sevilla á Simancas para dar tormento y garrote al prelado Acuña. Esto me sirve muy oportunamente para pedir y recomendar á mis lectores que sean muy cautos y se vayan con pies de plomo tocante á prestar asenso á las historias escritas en los siglos pasados. Por mas que los autores sean personas de campanillas y aun de hábito religioso no les crean bajo su palabra, y resueltamente pongan en cuarentena su dicho, si detrás de la afirmacion terminante no viene la prueba redonda. Me sugiere estas reflexiones la circunstancia de asegurar el obispo fray Prudencio de Sandoval muy formalote y como quien lo sabe de buena tinta y á ciencia cierta, en su *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V.*, que sin noticia de éste y pesándole mucho de ello se dió garrote al obispo Acuña, aun cuando lo podia hacer en virtud de cierto Breve espedido tres años antes por el Papa. Contra semejante aserto están la citada carta del alcalde Ronquillo y las respuestas del comendador Francisco de los Cobos y del monarca, de las cuales copió tambien algunas frases.

«A. S. M. le ha parecido muy bien lo que vuestra merced ha hecho, aunque á algunos escrupulosos les parece otra cosa; pero S. M., sin embargo, está muy contento de lo hecho... A Roma se escribirá y se procurará con diligencia por la absolucion... Para cobrar sus salarios se le enviará la cédula que pide... Que buenos estamos esta Se-

mana Santa que S. M. ni yo no oiremos misa ni otros oficios divinos...» Hasta aqui el comendador Francisco de los Cobos, ahora habla el soberano: «Licenciado Ronquillo, alcalde de mi casa y córté é del mi consejo... He visto lo que hicisteis en lo que llevásteis mandado, que ha sido como vos lo sabeis hacer y habeis siempre hecho en las cosas en que entendeis. Yo os lo tengo en servicio, y pues ya eso es fecho, en lo que resta, que es enviar por la absolucion, yo mandaré que con diligencia se procure y traiga tan cumplida como conviene al descargo de mi real conciencia y de los que en esto han entendido.»

Por supuesto que tampoco se hizo esperar la real cédula para la cobranza de salarios de lo mejor parado de los frutos y rentas de la mitra de Zamora, cuya administracion tenia don Francisco de Mendoza, obispo de Oviedo. Cada uno de los cuarenta dias señalados para la comision de atormentar y dar garrote al prelado Acuña debia cobrar mil quinientos maravedís el alcalde Ronquillo: de doscientos cincuenta era el salario de cada uno de los alguaciles, y de ciento el del escribano. Ya se deja conocer si con las facultades mas amplias andaria ó no listo el alcalde en la cobranza de sus derechos y de los de su gente.

Sin consideracion á gerarquías he presentado la verdad sencilla y desnuda, porque en todo cuadro histórico es requisito indispensable que ocupe su lugar propio y esté á buena luz cada una de las figuras.

EPILOGO.

Dos meses despues del suplicio del prelado de Zamora don Antonio de Acuña, no se hallaba ya en Simancas ninguno de los personajes nombrados en la presente historia. Del alcalde Sanz de Menchaca se sabe muy confusamente, que tras de hacer la particion de sus bienes entre su prole para que le heredara en vida, se resolvió á terminarla al lado de un hermano suyo, beneditino en el monasterio de San Millan de la Cogulla. A Valladolid se volvió el alcalde Castro de Zárate, y procurando siempre arrimarse al árbol que le parecia de mas sombra, sin esfuerzo consiguió usurpar al verdadero mérito las ventajas. Por lo que hace al alcalde Ronquillo, apenas hizo azotar por las calles y cortar la lengua á la negra Juana, se encaminó á la córté, donde anduvo mohino mas de un año, con el contratiempo de que viniera la absolucion por de pronto solamente para el emperador Carlos V., móvil del sacrilegio cometido en la persona de Acuña, y de que la suya no se expidiera hasta despues de pasar muchas consultas y repetidos informes, á pesar de que no habia sido mas que simple ejecutor de la voluntad soberana. Entre ambas absoluciones hubo ademas la diferencia de recibirla don Carlos á puerta cerrada en la capilla de Nuestra Señora de la Antigua de Sevilla, oyendo unas vísperas con una vela verde en la mano por saludable penitencia, y de no alcanzarla el alcalde Ronquillo sino á costa de ir en público desde el convento de franciscanos de Palencia á la catedral con la cabeza llena de ceniza, con un sayo de penitente y descalzo. Y no faltaron susurros de que le dolia tener arrinconada la vara, no tanto por la excomunion mayor que pesaba sobre su persona, como por no poder dar vado á sus iras firmando sentencias de muerte á troche y moche. Se ignora si la sufrió el tío Reniega, que anduvo to-

mandó las vueltas un día y otro á Ronquillo con el fin de darle pasaporte para el otro mundo, y fué cogido casi en fragante delito por dos corchetes; solo hay noticia de que de la noche á la mañana desapareció de Simancas. Por evitar vejaciones y cansada de pagar multas se hubo de resolver á dejar su meson la tía Simplicia, y marchóse á Portugal al lado de su marido el Feo, quien entró de mayoral de la labor del hacendado de Coimbra, en reemplazo del tío Pancracio Robles, ámpliamente socorrido por su hijo Estéban, muy halagado en el Brasil por la buena fortuna.

Allá fué á parar también el presbítero don Bartolomé Ortega, que tal vez debió el salvar la pelleja á la interdicción de Ronquillo, pagando solo con ser extrañado del reino, de lo cual se alegraron sobremanera su madre doña Antonia y su tío don Anselmo Buendía, que murieron al fin muy viejos. Con el presbítero don Bartolomé pasó también á la América portuguesa el apodado Colorin, famoso cantador de romances. Solo éste y el vivaracho Estéban Robles tornaron á Europa muchos años después, y cuando ya corría de lengua en lengua la tradición de que al alcalde de Ronquillo se lo habían llevado los demonios, sacándolo de su sepultura en el convento de franciscanos de Valladolid por haber dado garrote al obispo de Zamora. Semejante tradición es falsa á todas luces, pero muy elocuente porque demuestra el mal concepto en que tuvo el pueblo á dicho alcalde, el cual ni siquiera estuvo enterado en el tal convento, sino en el de las monjas de Santa María la Real de Arévalo, su patria, desde el mes de diciembre de 1555, en que falleció de modorra. Algun vestigio he hallado de que Estéban Robles se propuso escribir algo del suplicio del prelado Acuña, y entre algunos de sus apuntes hay la observación de que si en tal lance pudo haber alguna analogía entre la conducta de Ronquillo y la de Pilato, casi fué absoluta la semejanza entre el emperador don Carlos y el pueblo judío en lo de imponer al juez su voluntad para fulminar una sentencia de muerte.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

GRINDERWALD.—SUIZA.

Uno de los cantones mas curiosos de la Suiza es el de Berna, en el que se entra después de haber salido de Ginebra.

Hicimos una escursión hácia el lago de los llanos de Morat. Como íbamos á entrar en la Italia y á contemplar sus admirables ruinas, no nos detuvimos en Suiza en las de Abellelz, donde se ven los restos de un templo de Apolo y soberbios mosaicos. Allí un inesperado espectáculo llamó nuestra atención en los llanos de Morat. Alzábanse en él dos colosales pirámides formadas con huesos humanos. Aquel era un testimonio del valor de los suizos desplegado en la defensa de su país. Carlos el Temerario, último duque de Borgoña, habia venido á atacarlos á la cabeza de cuarenta y cinco mil hombres, y perdió veinte y cinco mil en aquel sitio. Con sus huesos levantaron los vencedores

aquellas dos fúnebres pirámides que inspiran terror, y que son al mismo tiempo una advertencia para los que quieran atacar la independencia de la Suiza y reducirla á la esclavitud. Aquel lugar es conocido en la historia con el nombre de *Osario de Morat*. El duque de Borgoña no debió la vida sino á la prontitud con que pasó á nado el lago en toda su anchura de mas de una legua.

Un delfin de Francia, contemporáneo de Carlos el Temerario, que después ocupó el trono con el nombre de Carlos XI, consiguió en aquel mismo sitio una victoria contra los suizos, pero le costó tan cara, que se apresuró inmediatamente á convertir en amigos á aquellos enemigos tan difíciles de vencer. Uno de los sucesores de Luis XI, el rey caballero Francisco I, también hizo la guerra á los suizos y alcanzó sobre ellos la famosa victoria de Marignan, llamada batalla de Gigantes; pero aquel monarca concibió por los suizos, de quienes habia triunfado con tanto trabajo, tan alta estima, que desde aquella época data la fecha del tratado de alianza perpétua entre la Francia y la Suiza.

El canton de Friburgo es uno de los cantones mas pobres de la Suiza; pero su capital ostenta una magnífica catedral, y en sus inmediaciones hay una ermita que basta por sí sola para hacer que el viajero se detenga á contemplarla: es una de las maravillas que no se encuentran en ninguna otra parte; es un gran monasterio tallado en la roca viva. La iglesia con su campanario de sesenta pies de altura, la sacristía, el refectorio, la gran sala ó galería que tiene ochenta pies de largo y veinte y dos de ancho; las celdas, la cocina, cuyo cañon de chimenea tiene noventa pies de altura; las despensas, todo esto abierto en la roca viva, causa admiración al viajero. Un pobre ermitaño es el único habitante de aquel inmenso edificio, el cual enseña al mismo tiempo su lecho, que es la caja destinada para después de su muerte. Aquel débil anciano nos dijo que la obra sorprendente de aquel monasterio era debida á uno de sus predecesores que habia socabado las piedras y trabajado en ellas constantemente por espacio de veinte y cinco años con un criado suyo. Al salir del monasterio gozamos del aspecto exterior de la roca tallada de una manera tan pintoresca, que hacia mas sombrío al bosque que la domina.

Rápidamente visitamos los cantones de Schwitz, Uri, y Underval, cuna de la libertad de la Suiza. Los territorios de estos tres cantones pueden dar una idea de la Suiza entera. Están situados alrededor de un lago circunscrito por altísimas montañas, cuyas cimas están cubiertas de nieve y de hielo, pero que en los llanos y los valles se ostenta risueña la naturaleza, y se hallan cubiertos de cesas y aldeas que contrastan admirablemente con el aspecto serio, silvestre y grandioso de los Alpes. Manantiales de aguas abundantes y frescas formadas por los ventisqueros, mantienen la fertilidad de los campos.

El canton de Uri es sobre todo curioso por los primores y las extraordinarias formas de sus montañas. Allí se admira la belleza de los caminos contruidos en sitios que parecerían inaccesibles á la planta humana. Allí se asombra uno del atrevimiento de los puentes de fábrica que ofrecen un sólido paso sobre horrendos precipicios. Allí se ve el famoso puente del Diablo, de un solo arco, que une dos montañas, al cual por lo prodigioso de su cons-

truccion los hombres le han atribuido un origen sobrenatural y diabólico. Allí tambien el San Gotardo, donde el Ródano tiene su nacimiento, alza hasta las nubes su cabeza cubierta de hielo. La naturaleza, en una palabra, parece haberse complacido en prodigar en aquel pais sus mas horribles bellezas sobre las gracias mas delicadas y mas esquisitas que ostenta en los valles. Mientras el suelo de la Suiza, que en otro tiempo se llamaba Helvecia, se hallaba sometido y esclavizado, los tres cantones de Uri, Schwitz y Underval gozaban todavía de una casi completa independencia. Felices é ignorados sus habitantes vivian pacíficamente gobernándose por sus propias leyes, á pesar de la presencia de una especie de gobernador nombrado por los emperadores de Alemania, pero cuyo poder debía sucumbir el dia en que el monstruo opresor atentase á los derechos de los tres cantones. Esto sucedió cuando Alberto, emperador de Alemania, trató de la supresion de sus privilegios. Les envió para esto gobernadores ó bailios, que les hicieron sufrir mil humillaciones y crueldades.

El peor de todos fué Gesler, de odiosa memoria; no habiendo vejaciones que no cometiese. Entonces tres hombres generosos, cuyos nombres ha conservado la historia Walter Furst, del canton de Uri; Werner Stauffer, del canton de Schwitz, y Arnoldo de Melchaldt, del de Underval se reunieron y juraron libertar la Suiza. Una circunstancia, cuyas consecuencias fueron inmensas, apresuró este suceso. Gesler habia hecho plantar en Uri, debajo de un tilo por donde todo el mundo debía pasar, un palo en el que habia colocado su sombrero; hizo publicar un pregon para que cuantos por allí pasasen se inclinaran y saludaran humildemente su sombrero, cual si fuese su propia persona, y que el que á ello se negase fuera severamente castigado.

Habia en el pais un hombre honrado, llamado Guillermo Tell, hijo de Walter Furst; pasó delante del sombrero, y no quiso inclinarse ante él su frente. Fué preso, y llevado á la presencia del gobernador: trató éste de castigar á aquel de una manera atroz. Era Tell uno de los tiradores mas famosos del pais, y tenia unos hijos muy hermosos á quienes amaba mucho. El gobernador los hizo traer á su presencia, y preguntó á Tell á cual queria mas de ellos.

—A todos los quiero igualmente, respondió.

Entonces Gesler le dijo:

—Dicen que eres tan buen tirador que no hay otro semejante: eso vas á probármelo ahora mismo, porque es preciso que derribes una manzana sobre la cabeza de uno de tus hijos. Si lo haces te tendré por un buen tirador.

Estremeciéndose Tell, pidió perdon, rogó, se echó á los pies del tirano que le imponia una pena tan contraria á la naturaleza, añadiendo que haria cuanto le mandase, excepto aquello. El gobernador fué inflexible; no tuvo piedad para las lágrimas de aquel desgraciado padre, y colocó él mismo la manzana sobre la cabeza del desgraciado niño. Conoció entonces Tell que era inevitable la prueba; tomó una flecha y la ocultó debajo de su vestido; despues tomó otra, y armó el arco. Encomendóse á Dios en el fondo de su corazon, apuntó y disparó la flecha: la manzana desapareció de la cabeza del niño sin causarle el menor mal. Asombrado el gobernador proclamó á Tell el primer tirador de la Suiza.

—Quiero saber por qué has ocultado la primera flecha debajo de tus vestidos.

—Es la costumbre de los tiradores, respondió Tell; pero Gesler no contento con aquella respuesta quiso indagar la verdad, y el mismo Tell que temia decírsela prometió no ocultarle nada si le libraba la vida. Prometió el gobernador respetar sus dias; entonces el generoso suizo le contestó:

—Pues bien, la verdad es que si hubiese errado el tiro, no hubiera errado el que iba á dirigir á tu cabeza: por eso he ocultado la flecha.

Furioso con aquella contestacion el gobernador, exclamó:

—Te he prometido la vida, empero quiero llevarte á un lugar donde jamás vuelvas á ver el sol ni la luna.

Lo hizo coger, lo ató de pies y manos en el fondo de una lancha, y se volvió con él á Schwitz. En medio de la navegacion sobrevino una tormenta de las que son tan frecuentes en los lagos, momentos antes tan tranquilos. Iba á zozobrar la barca, todos se creian perdidos, porque los barqueros eran impotentes para resistir las olas. Entonces uno de los de la comitiva del gobernador hizo presente, que solo Guillermo Tell era capaz de conducirlos á puerto seguro. El gobernador vacila; la inminencia del peligro le decide: hace desatar á Guillermo Tell, y le entrega el timon de la barca. La dirige con facilidad; parecia que las olas temian luchar contra su poderosa mano; y se propuso sacar partido de aquella nueva situacion. Al llegar al punto donde debió desembarcar, gritó alegremente á los remeros que redoblasen los esfuerzos hasta que hubiesen alcanzado la orilla. Lanzada en aquella direccion la barca iba á abordar, cuando Tell que estaba dotado de una fuerza extraordinaria, imprimió á la barca un movimiento rápido, coge su arco, y se lanza sobre la orilla, pero dando fuertemente con el pie á la barca, la aleja dejándola bogar errante á merced de las olas alborotadas del lago. Atravesó el Schwitz á favor de la fragosidad de las montañas; cortó por las sendas mas estrechas hasta Huinach, donde se puso en emboscada á aguardar el paso del gobernador. Cuando llega á caballo seguido de su comitiva, Tell oculto tras unos árboles, oye lo que contra él se trama, le apunta, lanza una flecha, y derriba al gobernador de su caballo.

La muerte de Tell fué la señal de la libertad de los tres cantones, y la Suiza entera los imitó formando una república confederativa. Esta república se compone hoy de diez y nueve cantones, que se gobierna cada uno por sí mismo en sus asuntos interiores, empero que envian diputados á una asamblea general para tomar las decisiones en comun, sobre todo cuanto interesa á los cantones reunidos. Junto al lago donde se verificó este gran suceso se halla Grindelwald, aldea compuesta de un pequeño número de casas de madera, esparcidas en la falda á la altura de 1,084 metros, que su inmediacion á los ventisqueros hace en todo tiempo fria y variable en su temperatura; allí los niños son casi todos mendigos por especulacion mas que por necesidad, y los hombres ejercen el oficio productivo de guias, ó el mas noble, y aun diria el mas independiente de pastor. Conducen anualmente seis mil cabezas de ganado á los pastos.

Este grupo de habitaciones debe toda su fama á la sublimidad de las montañas que las rodean, y á sus dos ventisqueros que bajando del fondo del valle hasta el nivel de la